

UNIVERSIDAD TEOLÓGICA DEL CARIBE

LA FORMACIÓN DEL LIDERAZGO DE GEDEÓN EN TIEMPOS DE CRISIS

ESTE TRABAJO ES PRESENTADO AL
PROFESOR EDDIE MARRERO OLIVO EN CUMPLIMIENTO DE
LOS REQUISITOS DEL CURSO AT101
PANORAMA DEL ANTIGUO TESTAMENTO

POR
JOMAYRA SOTO

SAINT JUST, P. R.

ABRIL 2025

Dios no se rinde con su pueblo, aunque el pueblo sí lo haga con Él, esa es una de las verdades que atraviesan la historia de Israel en el tiempo de los jueces. No importa cuántas veces se apartaran, ni cuán profundamente adoptaran prácticas contrarias a su identidad: Dios seguía extendiendo misericordia sobre ellos. No siempre recibían un castigo inmediato, tampoco tenían un consuelo fácil. La respuesta de Dios no era predecible; muchas veces guardaba silencio, en otras confrontaba directamente, pero siempre actuaba con propósito. Su fidelidad quedaba al descubierto ante un pueblo que tendía al olvido y que solo lo buscaba cuando el dolor ya era insoportable. En ese contexto aparece Gedeón, no como un héroe, sino como parte de esa historia donde la gracia de Dios insiste en no rendirse.

La respuesta de Dios no fue levantar reyes ni imponer estructuras de poder. Dios actuó según su propósito, levantando jueces: hombres y mujeres comunes, interrumpidos por Dios en medio del caos. No fueron llamados por su influencia, sino por su disposición. Dios los levantaba no solo para liderar, sino también para recordarle al pueblo quién estaba realmente al mando. No lideraban porque tuvieran las habilidades o el conocimiento; lo hacían porque Dios los respaldaba, y porque era Él quien los devolvía al camino correcto cuando Israel se extraviaba.

Cuando vemos con profundidad las historias de los jueces, entendemos que estas no se limitan a contar conflictos y victorias. Más allá de ello, muestran el corazón de Dios, su misericordia y corrección hacia un pueblo que mostraba un rechazo constante hacia Él. Dios siguió dándole oportunidades para recapacitar, pero Israel una y otra vez se alejaba, volvía a experimentar las consecuencias de ese alejamiento y finalmente decidía volverse a Dios. Ellos clamaban y Dios, en su misericordia, los liberaba. No había cerrado la puerta para Israel; su

fidelidad se siente viva en cada parte de la historia. Vemos a un Dios que muestra favor para su pueblo.

Así es como aparece Gedeón: justo cuando la situación era insostenible. Los madianitas, junto con los amalecitas y otros pueblos del oriente, llevaban años arrasando con todo. El pueblo estaba sumido en una gran miseria. Durante siete años habían experimentado destrucción, cosechas perdidas e intimidación. No solo estaban empobrecidos; habían perdido la esperanza.

La opresión que experimentaban afectaba al pueblo en el aspecto económico, social y espiritual. Israel se encontraba atrapado en un ciclo que se repetía una y otra vez: pasaban del pecado a la opresión, clamaban por ayuda y, al final, Dios intervenía y los libertaba. Según Samuel Pagán, este patrón revela cómo la intervención divina en la historia de Israel no dependía de estructuras humanas, sino de la soberanía de Dios, quien levantaba líderes carismáticos en momentos de crisis para restaurar la relación con su pueblo.¹

Desde un comienzo, Gedeón aparece en la escena escondido, trillando trigo en un lagar, intentando salvar lo poco que quedaba de los saqueos (Jueces 6:11).² Es difícil imaginarlo como un líder en una situación así. Su imagen dice mucho del estado de ánimo del pueblo: miedo, escasez y desesperanza. En medio de ese panorama, el ángel del Señor se le presenta y lo llama “valiente”. Cualquiera pensaría que un mensaje así levantaría el ánimo de quien lo recibe, pero Gedeón no se ve a sí mismo de esa forma. Su primera reacción fue la duda, expresada en una pregunta que seguramente muchos llevaban por dentro: “Ah, Señor mío, si Jehová está con

¹ Samuel Pagán, *Introducción a la Biblia Hebrea* (Miami: Editorial Mundo Hispano, 2004), 212–214.

² Todas las citas bíblicas utilizadas en este trabajo corresponden a *La Santa Biblia: Reina-Valera 1960*, publicada por Sociedades Bíblicas Unidas.

nosotros, ¿por qué nos ha sobrevenido todo esto? (Jueces 6:13)”. Gedeón no hablaba solo por él; ponía voz al clamor de toda la nación.

La paciencia de Dios se hace evidente desde el primer momento. El proceso en la vida de este hombre comienza desde una plataforma de debilidad y miedo. Lo observamos como alguien con una débil autoestima. Sus circunstancias inciden mucho en la imagen que tiene de sí mismo. Dios está consciente de esta realidad, entiende sus miedos, le ofrece señales que confirman su llamado y le dan la afirmación que necesita. La primera de estas señales ocurre cuando el ángel del Señor consume su ofrenda con fuego (Jueces 6:21), un momento que marca a Gedeón, aunque el temor no desaparece por completo.

Después de esto, Dios le da una tarea específica, su primer acto público de obediencia: derribar el altar de Baal y el poste de Asera en su propio pueblo (Jueces 6:25-27). Esa acción lo ponía en conflicto directo con las creencias de su familia y de las personas que lo rodeaban. Aunque Gedeón lo hace de noche por temor, cumple la orden que Dios le dio. Esto representaba un desafío a la idolatría de ese tiempo, mostraba un paso firme y decisivo en su formación como líder. Él sabía que antes de pelear contra los enemigos externos, debía enfrentar el pecado dentro de su propia casa.

Más adelante en la historia, Gedeón busca una vez más la confirmación de Dios. En el conocido episodio del vellón de lana (Jueces 6:36-40), pide dos señales sucesivas a Dios. No se trata de capricho, sino de la necesidad de tener certeza de que, a pesar de sus miedos y limitaciones, realmente estaba siendo llamado a algo tan grande.

La prueba más difícil llega cuando Dios lo lleva a reducir su ejército de miles a solo trescientos hombres (Jueces 7). Aquí se confirma que la batalla no sería ganada por la fuerza humana. Pero también es otro momento donde Gedeón es moldeado: la reducción lo confronta

con su fragilidad y lo obliga a depender por completo de Dios. No fue solo una estrategia militar, sino parte del trato de Dios con su siervo. Los líderes no se forman de la noche a la mañana; son el resultado de procesos donde Dios pule su carácter y su fe. La batalla contra los madianitas se gana en el campo, pero también en el corazón de Gedeón, que aprende a confiar más allá de lo que ve.

La forma en que se obtiene la victoria no es común. Con cántaros, antorchas y gritos se ha llevado a cabo un enfrentamiento que muestra la fidelidad de Dios. No queda espacio para adjudicar la victoria al mérito humano; la liberación fue obra de Dios.

Después de la victoria, el pueblo queda tan impresionado con Gedeón que le proponen convertirse en su rey, e incluso establecer una dinastía para gobernar sobre ellos. Pero él rechaza la oferta con una respuesta directa: “No seré señor sobre vosotros, ni mi hijo os señoreará: Jehová señoreará sobre vosotros” (Jueces 8:23). No era solo una muestra de humildad, sino una afirmación clara del principio teocrático que definía a Israel: Dios era el único rey. Con esa decisión, Gedeón recordó al pueblo que la fidelidad al pacto no podía negociarse, ni siquiera después de una gran victoria.

Gedeón no solo condujo una poderosa liberación militar; su vida refleja el proceso íntimo mediante el cual Dios transforma a una persona común en instrumento de restauración para su pueblo. Cada paso en la vida de Gedeón —desde el miedo inicial en el lagar, pasando por sus dudas y las señales, hasta la victoria final— evidencia que el propósito de Dios iba mucho más allá de una simple batalla. Cuando vemos esta historia desde una perspectiva teológica, podemos notar que no solo se trata de una victoria obtenida, sino de una forma en la que Dios va revelando quién es y cómo actúa por medio de personas comunes.

En Gedeón vemos que a Dios no le importan solo los resultados, sino la relación personal que establece con quien llama. Su historia muestra que desde la perspectiva divina, el liderazgo no depende de recursos humanos, sino de la disposición a confiar y obedecer, incluso cuando uno no se siente capaz.

Su vivencia también deja una advertencia acerca del peligro de la autosuficiencia y la importancia de depender de Dios. Al negarse a aceptar el reinado que el pueblo le ofrece, Gedeón refuerza una verdad importante: la verdadera seguridad no reside en las estructuras humanas o políticas, sino en reconocer a Dios como el único soberano sobre la historia.

Gedeón no solo es recordado como un juez que instauró la paz temporal, sino también como un modelo del proceso que Dios lleva a cabo en la vida de aquellos que se atreven a responder, a pesar de sus miedos. Su relato revela que la fortaleza no reside en lo que uno tiene o puede alcanzar, sino en la confianza para avanzar cuando Dios llama, con la convicción de que es Él quien sostiene y ampara a sus siervos.

En esta historia no solo nos enfocamos en una hazaña militar o en un acto de valentía. Esta historia revela cómo Dios actúa a través de personas que, desde una mirada humana, no parecen tener lo necesario, pero que son capacitadas por Él para llevar a cabo su voluntad. Más allá de Israel ser liberado, su historia habla de un Dios que interviene para que una relación que había sido marcada por el pecado y la idolatría sea restaurada.

Uno de los aspectos teológicos más importantes en esta historia es la manera en que Dios elige a Gedeón como líder. Su elección no responde a sus méritos personales, posición social ni capacidad militar. Desde un inicio, el mismo Gedeón se reconoce como alguien sin relevancia: “Ah, Señor mío, ¿con qué salvaré yo a Israel? He aquí que mi familia es pobre en Manasés, y yo el menor en la casa de mi padre” (Jueces 6:15). Esto deja claro que Dios escoge a quienes

parecen débiles o insignificantes para cumplir sus planes. En los jueces vemos cómo Dios levanta líderes conforme a su voluntad, lo que implica que todo mérito humano queda descartado. La intervención divina no depende de las cualidades visibles, sino que actúa a través de lo que muchos considerarían insuficiente, para dejar en evidencia que el poder pertenece a Él.

Este principio se reafirma en otros pasajes bíblicos que muestran cómo la elección divina pocas veces sigue los criterios humanos. El apóstol Pablo lo explica en 1 Corintios 1:27-29: “Lo necio del mundo escogió Dios para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios para avergonzar a lo fuerte”. La historia de Gedeón encarna esa visión de liderazgo donde la fuerza no está en el hombre, sino en la dependencia total de Dios.

La historia de Gedeón resalta como Dios sólo llama, sino que respalda a sus siervos con señales claras de su poder. Como señala el *Diccionario Bíblico Mundo Hispano*, “El relato de estos triunfos del pueblo de Israel incluye una serie de importantes experiencias milagrosas, que destacan el poder divino en la dinámica de la victoria nacional y en el disfrutar de la paz y la seguridad por parte del pueblo.”³ La reducción del ejército es quizás el acto más simbólico de esta teología de la dependencia. Dios insiste en que Gedeón no puede ir a la batalla con un gran número de soldados porque el pueblo podría atribuirse la victoria. “El pueblo que está contigo es mucho para que yo entregue a los madianitas en su mano, no sea que se alabe Israel contra mí, diciendo: Mi mano me ha salvado” (Jueces 7:2). La disminución de los soldados hasta dejar solo trescientos refuerza el mensaje de que la salvación y la victoria pertenecen a Dios, no al esfuerzo humano. La lección sigue siendo de gran utilidad: la autosuficiencia humana es una trampa, pero Dios le recuerda a su pueblo que su poder se perfecciona en la debilidad.

³ Samuel Vila y Daniel R. Sánchez, eds., *Diccionario Bíblico Mundo Hispano*, 2da ed. (Miami: Editorial Mundo Hispano, 2002), 456.

Entre los temas teológicos importantes se encuentra el ciclo de pecado, castigo, arrepentimiento y liberación que se narra en todo el libro de los Jueces. Este era un patrón recurrente que explica que la infidelidad del pueblo abre las puertas a la opresión y al sufrimiento, pero la misericordia de Dios se hace presente cuando el pueblo clama por su ayuda. Este ciclo refleja la fragilidad de la relación del pueblo con su Dios. La aparición de los jueces recordaba al pueblo que su bienestar dependía de su relación con Dios. La historia de Gedeón muestra que el abandono del pacto traía caos, y que solo el arrepentimiento abría la puerta a la liberación.

Antes de enfrentar a los madianitas, Gedeón tuvo que confrontar lo que ocurría dentro de su propia casa. Su primer paso no fue tomar armas, sino derribar los altares que deshonraban a Dios. La restauración no comenzó en el campo de batalla, sino en el acto de volver al Señor.

El trato de Dios con Gedeón muestra su paciencia y el cuidado con el que forma a quienes llama a liderar. Gedeón no es el héroe seguro que se esperaría para ejecutar una historia de liberación, sino un hombre cargado de temores y dudas. La famosa prueba del vellón (Jueces 6:36-40) nos muestra esa lucha interna por creer y obedecer. A pesar de esto, Dios no lo reprende por su necesidad de confirmación. Le responde a sus peticiones y lo acompaña en su proceso de madurez. La paciencia de Dios habla de su manera de acompañar a quienes llama, dando la oportunidad de que crezcan hasta estar listos para lo que les ha llamado. La fe no exige certeza absoluta, sino la valentía de seguir adelante aun cuando las dudas estén presentes.

La presencia de Gedeón en el Nuevo Testamento cambia la manera en que se entiende su historia. Ya no se le ve solo como un libertador, sino como un hombre que, en medio de sus dudas, eligió creer. En Hebreos 11, es contado entre quienes actuaron por la fe y fueron instrumentos en los planes de Dios (Hebreos 11:32-34). No se destaca por su fuerza, ni por su

seguridad, sino por haber respondido al llamado. La fe de Gedeón no fue perfecta, pero sí suficiente para permitirle ser instrumento en las manos de Dios. La verdadera fe no elimina el miedo, pero sí permite avanzar a pesar de él.

Todo lo que envuelve la experiencia de Gedeón nos conduce a una comprensión más profunda de cómo Dios se relaciona y trabaja con su pueblo. La opresión de los madianitas no solo expuso los errores de Israel; también fue el momento en que el pueblo recordó su identidad y reconoció su dependencia de Dios. Israel no encontró la libertad en sus propias fuerzas. Solo la intervención de Dios, al escuchar su clamor, cambió su historia.

Ese trasfondo sigue siendo relevante para hoy. Hay momentos en que la distancia de Dios no se percibe de inmediato, pero con el tiempo, el peso se acumula y las fuerzas fallan. Israel lo aprendió en el desierto de la opresión. La única forma de recuperar el camino que nos conduce a Dios es reconocer su soberanía y permitir que sea Él quien marque el rumbo de nuestra vida. Solo al rendirnos ante su poder y autoridad podemos reencontrar el propósito perdido, encontrar descanso y experimentar la verdadera libertad que solo proviene de Él.

La historia de Gedeón sigue recordando que Dios elige a personas comunes, temerosas y llenas de dudas para llevar a cabo sus planes. La victoria nunca dependió de la fuerza ni de los recursos, sino de la presencia de Dios en medio de la batalla. Esa verdad sigue siendo cierta hoy: la seguridad y el propósito no están en lo que se posee o se alcanza, sino en la capacidad de caminar en obediencia y confiar en que Dios sigue obrando en la historia.

Bibliografía

La Santa Biblia: *Reina-Valera 1960*. Miami: Sociedades Bíblicas Unidas, 2011.

Pagán, Samuel. *Introducción a la Biblia Hebrea*. 2ª ed. Miami: Editorial Mundo Hispano, 2004.

Vila, Samuel, y Daniel R. Sánchez, eds. *Diccionario Bíblico Mundo Hispano*. 2ª ed. Miami: Editorial Mundo Hispano, 2002.